

La Luna y el cisne.

Barri K. Jones



Capítulo 1

Había una vez un solitario cisne que nadaba sobre las aguas de un lago. Sus bellas plumas blancas eran iluminadas por los plateados rayos de Luna y sus patas se movían con elegancia, dibujando ondas en la superficie cristalina del lago. Era la primera vez que por aquellos vastos valles se veía a un cisne, tan bella ave, que acostumbraba a alardear de su belleza y reírse de los patos mareados con plumaje desigual, nadar con tan poca arrogancia o semblante altivo. Su pico anaranjado se mantenía bajo, como si agachara la cabeza en ademán de tristeza, y daba la sensación de que en cualquier momento se derrumbaría, que, tal y como hacemos los humanos, escondería el rostro tras las alas, por pura vergüenza a que lo observaran, y estallaría en llanto. Y es que nuestro amigo el cisne apenas tardó cinco minutos en cesar su monótona tarea de nadar de un lado para otro, distrayendo su mente, y dejar que una brillante gota emanara de sus ojos de obsidiana para caer a las aguas y confundirse con el resto de gotas que constituían aquella laguna. A diferencia de lo que pudiera parecer, él en ningún momento se molestó en ocultar su congoja. Estaba solo. No había nadie cerca de aquellas tierras que pudiera verlo derramar lágrimas ni que lo juzgaría por tan humano, aunque mal visto por la mayoría, gesto. Y en parte casi prefería lo contrario, estar rodeado de gente y amigos, aunque aquellos que lo rodearan se dedicasen a reírse de él y señalarlo con el dedo. Quería acabar de una vez con su sufrimiento, no volver nunca más a llorar o a sentirse tan solitario, a experimentar aquella rabia y congoja...

-¿Por qué lloras?- escuchó entonces que decía una dulce voz.

El cisne alzó la vista y buscó en el cielo a aquel que había proferido aquellas palabras, ya que habría jurado por su propia vida que ese sonido venía de un lugar sobre su cabeza.

-Estoy aquí- repitió la voz, con una risita.

El cisne se volvió hacia la Luna, comprendiendo al fin que era ella quien le hablaba y la única testigo de su dolor, la única que en ese momento lo veía derramar sus lágrimas y que, sin embargo, se dedicaba a dirigirle palabras en un tono de consuelo en vez de reírse de él y señalarlo con el dedo, lo cual lo extrañó tanto como lo tranquilizó.

-¿Por qué lloras?- repitió la Luna, que esa noche se mostraba tan bella como siempre y hacía brillar el plumaje del cisne con mil fulgores plateados.

-Tú nunca lo entenderías- dijo el cisne, con un tono grosero que, aunque sabía que ella no se merecía, era incapaz de evitar.

-No necesito entenderlo: lo sé.

-¿Entonces por qué preguntas?

-Quería saber si me lo dirías tú.

El cisne se volvió de nuevo bruscamente hacia su compañera de la noche, cruzándose de brazos y con un gesto algo amenazador y, con el mismo tono rudo de antes, preguntó:

-Entonces, según tú, ¿por qué lloro?

La Luna apenas se lo pensó unos segundos antes de decir:

-Por una mujer. Y también porque sientes que estás solo, que nadie te comprende, ya que no encuentras a nadie con quien sentarte a hablar de tus problemas; no encuentras a nadie en quien confiar.

Por primera vez desde que escuchara la voz de la Luna, el ave relajó el semblante y volvió al mismo ademán cabizbajo que mostraba al principio de este cuento, haciéndole ver a su compañera que estaba en lo correcto. Ella había sido capaz de explicar sus sentimientos incluso mejor de lo que lo habría hecho él.

-¿Cómo lo sabes?- preguntó, sin alzar la vista.

-Porque te conozco, al igual que conozco a todos los habitantes de la Tierra. Llevo años trabajando durante la noche, iluminando el camino cuando el Sol no puede, y, mientras cumplo mi función, acostumbro a observar las vidas de los mortales de tal manera que ya soy capaz de comprender sus problemas solo por la forma en la que cualquiera levanta una ceja o mueve la nariz.

-Luna...- empezó a decir el cisne, sintiendo que el nudo que tenía en la garganta apenas era capaz de hacer que las palabras brotaran de su garganta y salieran al exterior.

-¿Qué ocurre?- preguntó la Luna, benevolente.

-¿Ha usted amado alguna vez?- dijo el cisne, y alzó la vista. Tenía los ojos empañados de lágrimas y donde debía estar la Luna ahora solo era capaz de distinguir una borrosa mancha blanca que coronaba la cúpula celestial.

-Por supuesto, y estoy enamorada desde hace ya tiempo- respondió la Luna.

-¿De quién?- preguntó el cisne, con curiosidad.

-De ti.

El cisne, tras pensárselo unos segundos, dio la espalda a la Luna y salió del lago, sin atreverse a volver a mirarla a los ojos.

-¿Por qué te marchas?- dijo la Luna, con un tono que nunca antes había empleado.

-A donde tus rayos no lleguen.

-¿Por qué?

-Porque yo no estoy enamorado de ti.

-Pero... He sido la única que te ha dado consuelo en esta noche solitaria, la única que se ha preocupado de verdad por tus problemas. No.. no puedes hacerme esto.

-Pero yo no estoy enamorado de ti- repitió el cisne, con el mismo tono.

-Pero te quiero de verdad, y te seguiré queriendo para el resto de la eternidad. Yo también soy solitaria, y me siento triste, y la única razón por la que todavía me esfuerzo por sacar mis rayos a relucir es ver cómo hacen relucir tu plumaje.

-Pero yo no estoy enamorado de ti- repitió el cisne, que seguía alejándose.

Y la Luna rompió a llorar, haciendo que sobre el cisne se derramara una lluvia de lágrimas plateadas. Y, consciente de que él mismo había estado experimentando hacía unos segundos lo mismo que la Luna, él también

lloró, haciendo que las lágrimas de ambos se unieran y regaran aquel vasto valle.

El solitario cisne nunca volvió a sentir los rayos de la Luna posarse en la noche sobre su plumaje, y la Luna, aunque abrumada por su desdichado destino y la distancia que los separaba, jamás dejó de amar al cisne con todo su amor y rechazó las peticiones de miles de astros que anhelaban tomar su mano alegando que lo único que la haría feliz sería pasar toda una vida junto al cisne al que una noche había encontrado llorando en el lago. A veces se miraban a los ojos, disfrutaban de la sensación de que no estaban tan solos en ese mundo cruel, pero enseguida volvían a darse la espalda. Y esa era la maldición de ambos: una amaba locamente a un único individuo y daría su propia vida por él, y el otro anhelaba tener a su lado a una de tantas mujeres que encontraba por su camino. Tozuda era la Luna, que no se cansaba de afirmar que su único y verdadero amor era el cisne, y tozudo era el cisne, que no cesaba en su postura de no amar a la Luna. Y ninguno de los dos daría su brazo a torcer, porque ambos anhelaban con todas sus fuerzas y su voluntad que sus deseos se cumplieran. Aunque hay lugares en los que se dice que, cuando triste está el cisne porque acaba de perder otro amor, la Luna llora al escuchar su llanto y, cuando el cisne ve a la Luna llorar, se refugia en una cueva a la que sus rayos no se atreven a atisbar y, libre de cualquier mirada escrutadora, esconde el rostro tras sus plumas y se derrumba pensando en todas las veces que él ha tenido las mismas razones para llorar.